

## EL JUEGO DE NAIPES ENTRE LOS AONIKENK

MATEO MARTINIC B. \*

### INTRODUCCION

Es sabido que entre las huestes hispánicas que arribaron a América durante la época de la Conquista estaba muy difundida la pasión del juego, especialmente de la baraja, tanto que tempranamente, en 1573, Felipe II dispuso sacar provecho de aquella arraigada entretención estableciendo el estanco de los naipes con el fin de incrementar los recursos de la Corona y para destinarlos al beneficio general de los súbditos.

Así doquiera se establecieron los españoles, con ellos llegaron sus prácticas, de las que muy pronto debieron enterarse los indígenas y como al parecer poseían una inclinación natural por la diversión, acabaron por aficionarse a los juegos traídos por aquéllos. Tal hubo de ocurrir con los indios mansos, pero también con los belicosos, pues entre tanto guerrear con los arribados supieron darse lapsos de tregua y paz que sirvieron de manera sensible para el conocimiento mutuo de españoles y aborígenes, que a la corta condujo a la adopción de hábitos y prácticas por parte de éstos. Entre ellos debió estar ciertamente la de los juegos de azar y, de modo particular, de los naipes.

La difusión que hubo de alcanzar en el ámbito mapuche este entrenamiento queda a la vista del consumo de naipes que registraba el Reino de Chile en 1653, esto es a poco más de un siglo de iniciada la conquista por Pedro de Valdivia. Entonces, y de acuerdo con el antecedente colacionado por Eugenio Pereira Salas (1947:50), Concepción consumía 2.500 barajas anuales, lo que representaba más del doble del consumo de Santiago y aun superior a la suma correspondiente a ésta y otras poblaciones y partidos del Reino. Como Concepción era a la sazón la más importante de las plazas meridionales chilenas, también era por su situación sobre la frontera militar la entrada natural para la relación con el mundo mapuche. De allí que y supuesta la ya arraigada afición por parte de los indige-

nas, cabe inferir que buena parte de aquella tan importante provisión de barajas hubo de terminar en las manos de éstos.

Pero, la pasión por el juego sin duda debió superar la capacidad de suministro de naipes, por lo que y sin embargo del mismo, los indios optaron por fabricarlos según su propia inventiva y con sus rústicos recursos.

*Se valían para esto de un cuero de cordero que preparaban especialmente con tal objeto. Cortaban pedazos iguales, imitando el tamaño de los que se usan comúnmente, los teñían con una pintura lacre por el lado opuesto, a fin de evitar que se trasluciesen las figuras que les hacían por el otro lado, i con ellos se entretenían* (Matus, 1920:38).

Del ámbito étnico mapuche, la práctica del juego de naipes, con sus características conocidas, debió extenderse rápidamente al más amplio ámbito de su influjo cultural, sobre los pueblos aborígenes con los que tenían relación periódica y aun ocasional. Entre estos estuvieron los de ultracordillera de los Andes, cuya movilidad ecuestre debió a su tiempo facilitar la interrelación con otras naciones indígenas del norte, centro y sur de la Patagonia oriental, incluidos por cierto los distantes patagones o aonikenk. De esa manera debieron difundirse entre ellos distintos hábitos originarios de los conquistadores europeos, que pronto arraigaron con la fuerza de usos propios.

### LA BARAJA ENTRE LOS AONIKENK

La proclividad indígena por el entretenimiento con el que los varones solían llenar sus extensos momentos de ocio, hubo de mostrarse a cabalidad entre los patagones del sur del río Santa Cruz. De variada manera entonces y con gran ingenio, éstos supieron inventar cómo entretenerse y aprendieron sin dificultad juegos de ajena procedencia que pasaron a practicar tanto o más que los de origen vernáculo.

No obstante la virtual certidumbre de adopción por la vía precedentemente señalada, no debe excluirse la posibi-

\* Area de Historia, Instituto de la Patagonia, Universidad de Magallanes. Casilla 113-D, Punta Arenas, Chile.

lidad de haber conocido los indígenas posteriormente y de modo directo juegos de naipes practicados por los europeos, durante las recaladas ocasionales de naves en sus costas y hacerse tal vez de algunas barajas entre tanto obsequio que recibieron o artículo que pudieron trocar. Así sucedió en efecto en 1789 con un grupo de tehuelches de Puerto Deseado, como lo consignaría después Alejandro Malaspina: *Es singular también el entretenimiento de los naipes, que han aprendido de los nuestros y que dijeron haberles ocupado la noche ántes, mediante una baraja que Peña les había regalado. Contaban los lances que les habían sucedido, y entre sí se reían de estos recuerdos, que no alcanzamos á comprender* (en Jiménez de la Espada, 1873:510). Corriendo los años, cuando la relación de los indígenas con los navegantes adquirió alguna periodicidad e intensidad, el aprendizaje y práctica del juego de naipes al uso de éstos pudo ser cosa natural, agregándose su conocimiento al acervo aborigen sobre la materia.

Los aonikenk llegaron a tener una afición intensa por el juego, poniendo en tal actividad un entusiasmo y todavía una pasión que parecía desmentir su bien conocida indolencia en otros aspectos de la vida común.

Aunque las referencias sobre el particular no son abundantes, los distintos informantes que los conocieron y trataron concuerdan en destacar tal característica como propia de ellos.

Así, si Juan Williams (1843, en Anrique) dejó constancia de su gusto por el juego en general, Fitz Roy (1832), Arms y Coan (1833-34), Bourne (1849), Schmid (1858-65), Jiménez de la Espada (1863), Musters (1869), Beerbohm (1877) y Lista (1877-80), lo hicieron de modo específico con el juego de naipes.<sup>1</sup> De esa manera se posee suficiente información como para describir en general la forma del juego -que, según Coan, los indígenas denominaban *berrica*-, el ánimo de los jugadores, las apuestas y las características de las barajas que emplearon.

Siguiendo a Musters, aceptado tradicionalmente como el informante más veraz sobre sus costumbres, los jugadores se ponían en rueda, teniendo entre ellos un poncho, manta o quillango *que representa el tapete verde* (1964:250), lo que tanto podía hacerse bajo el toldo (Schmid, Coan) o a la intemperie, en la vecindad del fogón (Lista). Los juegos más comunes eran, según el explorador británico *panturga* y *primero*, que no describe, *siete* y *yaik* o *fuego*, que caracteriza como una especie de burro, que debemos entender era una forma popular en la época.<sup>2</sup> La cuenta de los puntos que tenía cada jugador era un tanto complicada y se llevaba con trozos de ramitas o hierbas.

El juego absorbía de tal modo a los participantes

que podían pasar horas entretenidos con él, y cuando el frío apretaba se preocupaban de abrigarse para seguir en ello como verdaderos viciosos. *Aun los he visto tan inflamados por esta pasión, relataría Bourne, como para sacar las mantas de los hombros de sus mujeres, diciéndoles que se protejan del frío como puedan* (1853:67). Por cierto que un empedernido jugador civilizado no lo habría hecho mejor que aquellos incógnitos y poco comedidos tahures tehuelches.

Las trampas debieron ser de ordinaria ocurrencia, por lo menos entre los pampas, según pudo observarlo Guinnard: *Saben hacer señales casi imperceptibles en los ángulos de cada carta; gracias á su escelente vista, nada mas que barajándolas, distinguen las buenas de las malas, y son tan diestros en la manera de darlas que siempre se guardan las buenas. Aquel á quien le favorece la suerte, cree que lo que ha ganado está bien ganado, en razón de las dificultades que ha tenido que superar para arrebatar á un adversario un par de estribos ó de espuelas de plata* (1863:378). También pudo serlo el empleo de amuletos para conseguir buena suerte en el juego, tal y como hacían por ejemplo los manzaneros de Nahuel Huapi. Así, Cox cuenta que fue solicitado para trocar una brújula que él tenía, por un caballo, y al preguntar por la razón del cambio propuesto el indígena interesado respondió (...) *que servía de remedio para el juego, que en otro tiempo tuvo una, i que habiéndola puesto a su lado al jugar a los naipes, había ganado una vez hasta siete caballos* (1863:156). Musters hace una referencia parecida (1964:188).

En cuanto a la clase de naipes que se usaban, éstos pudieron corresponder a barajas españolas (Musters) o inglesas (Arms y Coan), pero comúnmente debieron emplearse cartas que eran el fruto de la inventiva indígena, circunstancia que justifica su descripción.

De los informantes, tres, Fitz Roy, Bourne y Musters, proporcionan detalles que en conjunto permiten conocer en general las características de la baraja aonikenk.

Los naipes se confeccionaban sobre cuero seco de guanaco, con seguridad bien alisado y desprovisto de pelos, y se cortaban del tamaño de las cartas comunes de los civilizados. El naturalista español Jiménez de la Espada, refiriéndose a este aspecto, razonó que la elección de este material para la confección de los naipes no correspondió a un rústico sucedáneo de la cartulina, sino que debió ser deliberada, pues (...) *lo que ellos apetece y codician son las materias y artefactos que pueden acomodarse fácilmente á su gusto y manera y conforme á sus necesidades* (...) *Tan lógico es para mí que los patagones, incitados por el continuo ejemplo y dadas sus predisposiciones naturales, hayan acogido con entusiasmo y practiquen con vehemencia el juego de los naipes, como que el instrumento del vicio haya tenido que sufrir la transformación consiguiente y apropiada á su género de vida y costumbres...* (1873:510). Y es sabido que el cuero fue para los aonikenk un material esencial para la satisfacción de sus distintas necesidades de reparo, abrigo, utilería, armas y adornos.

Las cartas se decoraban con motivos que para Fitz Roy

<sup>1</sup> Las fechas dadas corresponden a la época o período de relación con los tehuelches.

<sup>2</sup> El "burro", como el *monte*, continúan siendo un juego popular hasta nuestros días, a lo menos en la Patagonia Chilena. El señor Dante Miranda quien hacia 1950 residió por un tiempo entre los tehuelches de la reserva de Camusu-Aike (Santa Cruz, Argentina), confirmó al autor la afición de éstos por los naipes y su preferencia por el juego de "monte".

eran una torpe copia de los naipes usados por los españoles y para Musters *eran monogramas de origen nativo, cuyo significado, si tenían alguno era indescifrable* (1964:250). Más explícito resulta Bourne, quien indica que se representaban en forma un tanto grosera *perros y una variedad de otras bestias con diversas marcas místicas y garabatos* (1853:67). Más adelante se verá que la motivación decorativa al parecer se inspiró originalmente en la baraja española y tuvo una secuencia evolutiva en la que, sin perderse la significación que daba valor a cada naipé, se fueron empleando paulatinamente figuras que se alejaban del modelo hispano para acercarse a otras que culturalmente eran más familiares a los aborígenes.

Los motivos se dibujaban con un palo y como pintura se usaba un compuesto de arcilla, sangre y grasa, según Bourne, quien, debe recordarse, residió entre los aonikenk como cautivo por algunos meses. Aunque por tal razón es posible que predominara el rojo amarronado, también se empleó el color negro. Respecto de este rasgo pictórico es interesante conocer a modo de variante informativa la opinión de Jiménez de la Espada: *Los colores, rojo y negro, que no son vegetales y, como los que usan los demás indios, extraídos respectivamente del fruto de la "bija" ó "manduru" y del "huito", sino de procedencia mineral y preparados reduciendo por frotación á polvo finísimo la piedra llamada "yama" para el primero, y la que nombran "colo" para el segundo, y mezclando después dicho polvo con grasa ú otra sustancia análoga, si ha de resistir la humedad, ó amasándole en barritas á modo de lápices, si ha de emplearse en la pintura de sus mantas. Y (...) en una coincidencia singular: con el "yama" ó negro se tiznan los patagones la cara para enmascararse; con ese mismo color están enmascarados los naipes, á fin de que no puedan distinguirse los unos de los otros por el revers durante el juego* (1873:510-511).

La única evidencia que ha llegado a nosotros, en lo que respecta a naipes usados por los patagones, se debe a la preocupación etnológica de Jorge Cristián Schythe, antiguo gobernador de la Colonia de Magallanes (1853-1864). Este funcionario mantuvo una prolongada y amistosa relación con los indígenas que concurrían periódicamente hasta Punta Arenas por razón de trueque mercantil, ocasiones que aprovechaba para observar sus costumbres, tomarles medidas antropométricas y para adquirir de ellos artículos de interés etnográfico que posteriormente remitió al Museo Nacional de Historia Natural.

En fecha reciente se ha descubierto en depósitos de este centro parte de sus envíos y entre ellos un conjunto de 23 naipes de cuero (número de inventario 5.736 (554), Col. Jorge Schythe, M.N.H.N.). Su tamaño es de 4,5 centímetros de ancho por 8 centímetros de largo como promedio, pues hay diferencias mínimas entre las cartas.

Las mismas están teñidas en color rojo amarronado por el dorso y decoradas en su frente en rojo y negro con motivos zoomorfos, antropomorfos, soliformes y complicados, idénticos a los naipes que ilustran los trabajos de

Matus (1920:37) y Pereira (1947, entre pp. 55 y 56) y que se presentan como *Naipes Araucanos* (Figura 1).

Considerando la materia, nos surgió la duda acerca de si estas cartas indígenas, de las que el Museo Nacional de Historia Nacional posee dos conjuntos en su colección (números 420 y 554), son de fabricación mapuche, como se creía hasta el presente, o más bien lo son de factura aonikenk, como parecen demostrarlo numerosos antecedentes.

Que los indígenas de esta etnia fabricaban naipes es cosa que debe aceptarse plenamente y para el caso nos remitimos a Fitz Roy, Musters, Jiménez de la Espada y especialmente a Bourne. Ahora bien, en la decoración tanto pudieron seguir un modelo mapuche originalmente español o imitar a su grosera manera directamente cartas de esta procedencia, como elaborar un modelo propio inspirado en motivos parietales y de ornato de mantas con los que estaban familiarizados.

Según acaba de demostrarse por Mauricio Massone y Daniel Quiroz (com. pers.), los dos lotes formaron parte de un mismo conjunto original (38 ó 39 naipes) remitido al Museo por Schythe desde la colonia de Punta Arenas, y que en algún tiempo posterior fue dividido -quizá involuntariamente- e inventariado por separado y -se ignora por qué- clasificado cada lote como de procedencia araucana.

Que este material etnológico es, en cambio, de origen aonikenk no debe quedar duda alguna. En primer lugar por integrar el grupo más numeroso y significativo de la colección Jorge Schythe (Nº 554 M.M.H.N.), cuya procedencia magallánica es indiscutible. En segundo término, porque un informante contemporáneo fidedigno, Marcos Jiménez de la Espada, identificó al mismo lote completo como *obra de los indios patagones* (1873: 492). En efecto, este naturalista visitó Punta Arenas en febrero de 1863 como integrante de la Comisión Científica al Pacífico enviada por el gobierno de España, oportunidad en que no sólo trató con Schythe sino que, además, pudo conocer a los patagones, que arribaron a la colonia durante el tiempo de su estadía, y enterarse sobre algunos de sus hábitos y adquirir muchos artículos de interés etnográfico. Posteriormente, en mayo, los científicos españoles estuvieron varios días en Santiago, ocasión en que visitaron el Museo Nacional de Historia Natural y pudieron revisar con detenimiento sus colecciones. Allí aquél pudo observar los naipes enviados por Schythe y obtuvo de parte de Rodulfo A. Philippi, director del museo, el dato preciso de su procedencia, además de la autorización para que el dibujante de la expedición pudiera copiar sus ilustraciones (Figura 2). Fue ese reconocimiento el que posteriormente permitió al naturalista refutar a Florencio Janer su opinión acerca del origen peruano de un lote de cartas encontradas en el Museo Arqueológico Nacional (Madrid), aseverando para el mismo y de manera enfática su procedencia patagónica por hallar en él las mismas características de dibujo, colores y manufactura que pudo observar años antes en Santiago (Figura 3).

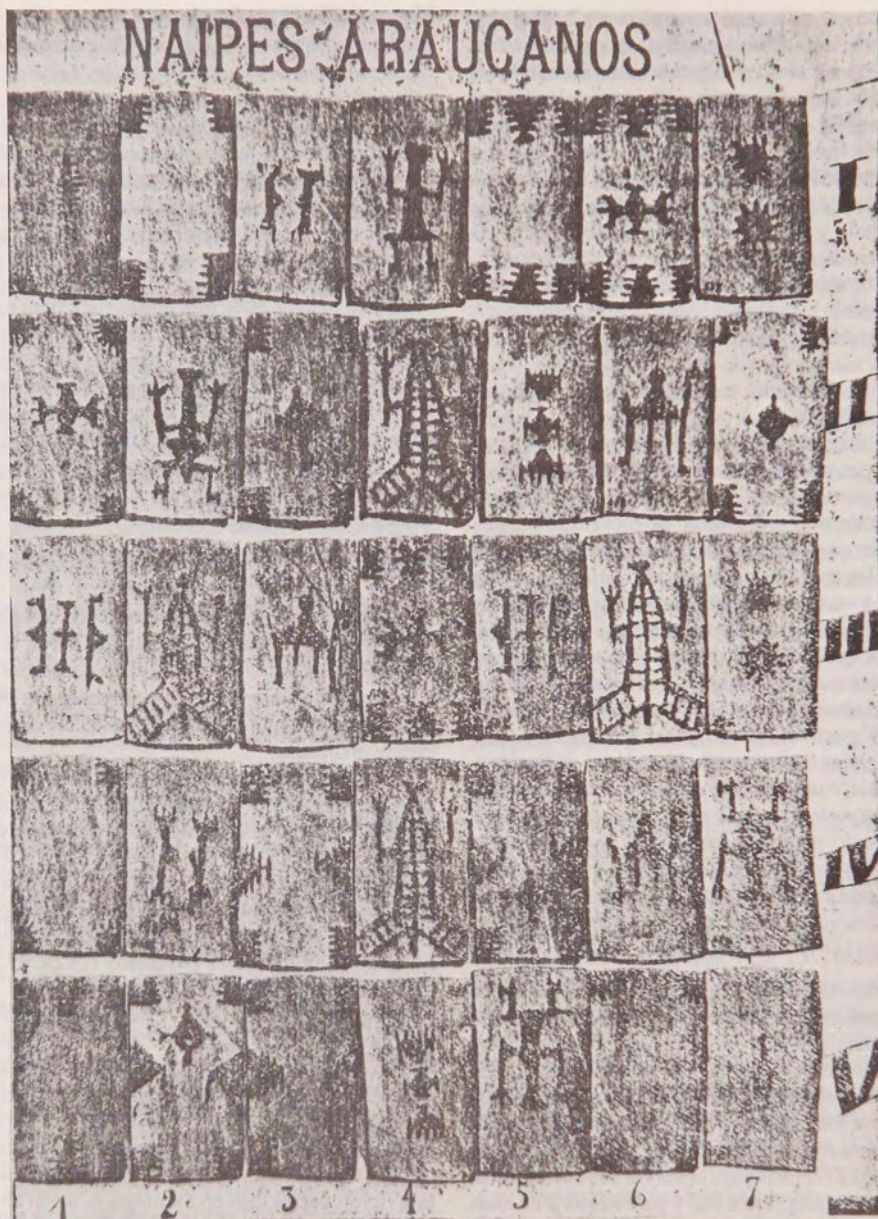


Fig. 1: Naipes tehuelches, incorrectamente presentados por Matus como "araucanos".  
(Reproducido del mismo autor, 1920).

En tercer lugar, el material lúdico que se comenta es del origen indicado y no mapuche, por cuanto de las barajas conocidas es posible establecer las diferencias que existen entre una y otra en lo que se refiere a su diseño.

Por cierto, de acuerdo con los antecedentes proporcionados por Wayland y Wayland (1986), se conocen hasta el presente cinco tipos o clases de naipes de factura indígena, a los que ambos autores identifican como "araucanos". Estos son: a) la baraja de 39 naipes que se conserva

en el Museo de América de Madrid y que se muestra parcialmente ilustrada en el artículo (1986:51); b) un lote de cuatro o más cartas que existe en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago de Chile (1986:48); c) el conjunto de 39 cartas, precedentemente mencionado y que fuera remitido por Schythe (1986:52); d) baraja de 40 naipes que se guarda en el Museum of Mankind de Londres (1986:56); y e) otra baraja idéntica que se guarda en el Pitt Rivers Museum de Oxford (1986:57).

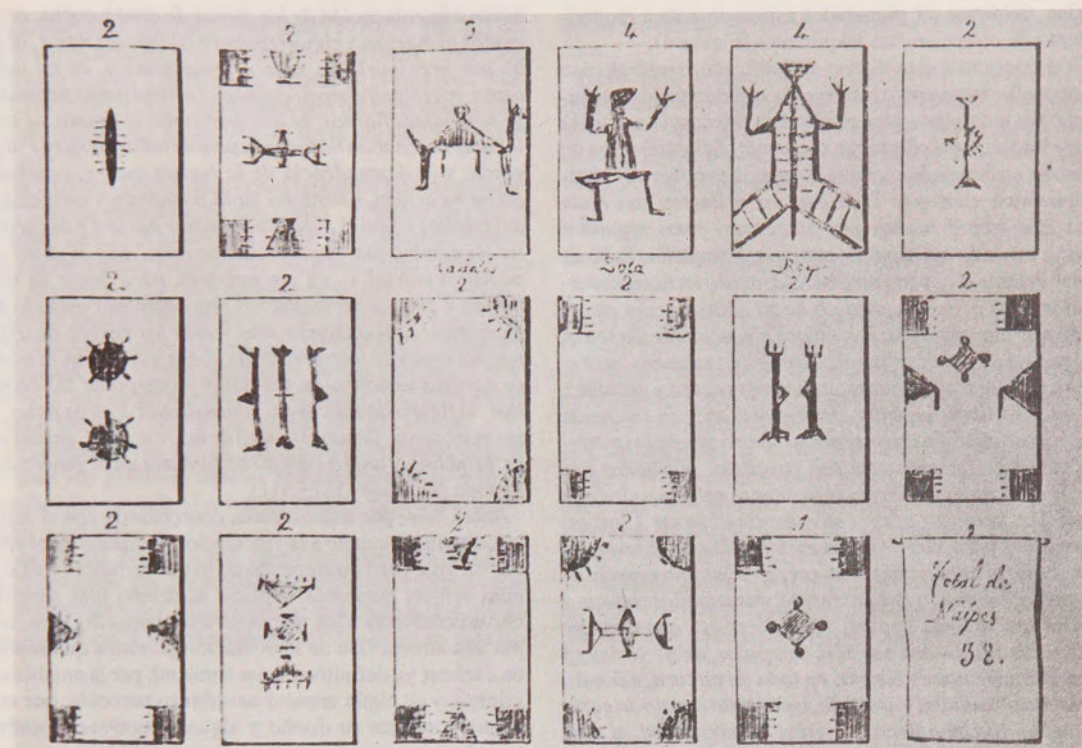


Fig. 2: Naipes patagones. Croquis tomado en 1863 de la baraja existente en el Museo de Historia Natural de Santiago de Chile (Reproducido de "La Ilustración Española y Americana", Madrid, 1873).

Si se comparan los dibujos de los naipes se tiene que los correspondientes a los individualizados en a) y b) son totalmente distintos a los otros y claramente inspirados en la baraja española, cuyo origen sería mapuche y no pa-

tagón como creía Jiménez de la Espada. El conjunto c) es definitivamente aonikenk; y los lotes d) y e) serían igualmente tehuelches, aunque con una ornamentación distinta mucho más sencilla, que, según los autores mencio-

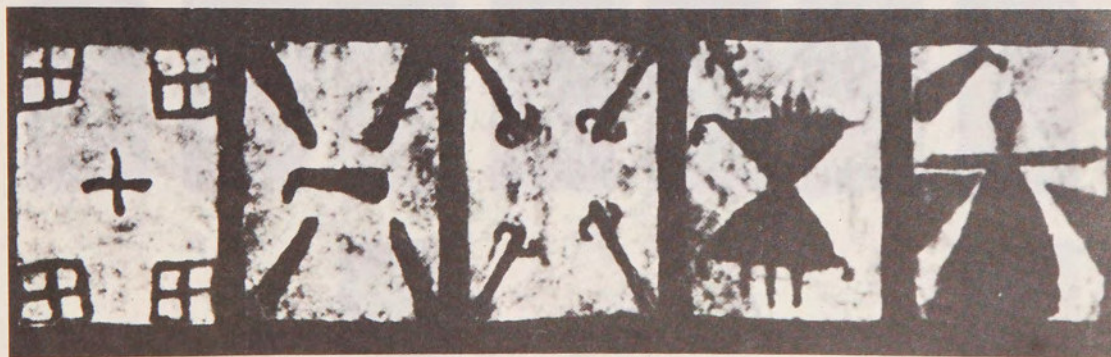


Fig. 3: Naipes mapuches de la colección del Museo Arqueológico Nacional de Madrid, presentados como de origen patagón. (Reproducido de Dennig, 1980).

nados, debieron ser preparados especialmente a requerimiento de coleccionistas adquirentes (Figura 4).

Con respecto a este diseño simplificado, viene al caso conocer la extensa pero interesante argumentación que hiciera ese naturalista para explicar la diferencia existente entre los naipes de Santiago (donación Schythe) y los de Madrid, atribuyéndolos a una secuencia evolutiva del estilo pictórico aborigen: *creo que los primeros son nada más que naipes hechos por patagones, y los segundos son ya verdaderos naipes de patagon; en aquéllos hubo de tener delante el copista otra baraja, acaso en tiempos mediatos á los primeros ensayos de su aclimatación en las costumbres patagonas; hay ménos ejecución y más retraso; en éstos, por el contrario, el jeroglífico indiano se presenta con entera franqueza; la línea es segura y decidida, la manera libre, ingénua, desembarazada; la intención del dibujo manifiesta; las formas y carácter de los modelos han desaparecido casi por completo, sustituidos por otros nuevos, exóticos, algunos apenas relacionados con aquéllos, la mayor parte enteramente diversos é incomprendibles para nosotros. La metamorfosis del jinete en el caballo oros es acabada, el rey de copas una especie de armazón simbólico del personaje; las espadas, bastos y copas son ya unas figuras, signos ó cosas, que dudo ya que nadie las tomara por esos tres palos, de no verlas en una que sabemos es baraja; en toda su pintura, además, prestándola unidad y armonía, luce cierto ornato de gusto extraño, así como fleco que eriza los contornos, el cual*

*unido á la colocación de los signos de oros y copas, arriados al márgen y convertirlos en cenefa del naipe, acaba por imprimirle un sello originalísimo y, en mi concepto, muy significativo: cuando el artista podía permitirse semejantes floreos, es que dominaba el asunto, es que los naipes gozaban há tiempo carta de naturaleza en Patagonia, y la descendencia de la baraja madre, renegando de su origen, ostentaba ya la fisonomía y cualidades del criollo; y ¿quién sabe si al cambiar de cara y de carácter no cambió sus trapacerías por otras más al gusto de su nueva patria? (...) Y sin embargo, para llegar de una baraja á otra, se ha seguido el procedimiento iniciado en la primitiva, acentuando más y más los rasgos distintivos del modo de interpretar la cabeza y el cuello, el tronco con sus vestimentas, las patas y cuerpo de los caballos, la figura de las copas, generalizada á otros palos, y las marcas que llenan el centro de los "cuatros", cruces en un principio y ahora adorno de fantasía en el género del de toda la baraja (1873:511).*

Ahora bien, por nuestra parte, concordando con el autor informante en cuanto a la vinculación de diseño entre ambas barajas, pero discrepando en lo que se refiere a su común origen, queremos explicar el diseño más sencillo correspondientes a los naipes de los museos ingleses, como una tercera fase de la evolución pictórica que asume un carácter ya definitivamente aonikenk por la notable similitud, y en algún aspecto asombroso parecido, que encontramos entre su diseño y algunos motivos rupestres

Fig. 4: Naipes patagones de la colección del Pitt Rivers Museum, Universidad de Oxford (Cortesía Pitt Rivers Museum, University of Oxford).



documentados entre otros por Bate (1970:22, fig. 27) para el yacimiento de Río Chico 1 (Magallanes), y por Gradián para el sitio Cueva de las Manos (Río Pinturas, Santa Cruz) (1977:19); y, asimismo, con las figuras decorativas de quillangos y otras piezas de la artesanía aborígen (Figura 5).

De aquí que postulamos como hipótesis que los patagones habrían dispuesto de dos clases de naipes de diseño propio: uno, más elaborado, distinto de aquel de factura mapuche aunque inspirado en él; y otro, más simplificado, cuyos motivos tanto podrían responder a una evolución del diseño más característico (c), cuanto a una creación directa inspirada en las pinturas parietales de sus antepasados, que tal vez pudo tener un simbolismo particular en lo que debió ser una rica vida espiritual, cuya explicación sensiblemente no ha llegado hasta nosotros.

Si la hipótesis es válida, los aonikenk pudieron emplear para sus prácticas lúdicas indistintamente barajas de confección y diseño propios, además de españolas, inglesas y mapuches.

Los naipes debieron ser, como las pipas, pertenencias muy cotizadas por los tehuelches, harto escasas por tanto y de especial valor etnográfico, lo que explica por qué no se conocen más muestras de ellos y tan poco se sabe so-

bre la modalidad de entretenimiento que exigía su utilización.

Es del caso puntualizar, finalmente, que el juego de naipes, como hábito común de la vida cotidiana, debe ser tenido como una de las expresiones típicas de la fase final de la cultura tehuelche meridional, profundamente influenciada por la adopción de formas y usos exóticos.

#### AGRADECIMIENTOS

Dejamos constancia de nuestro agradecimiento para con la señora Eliana Durán, Jefa de la Sección Arqueología del Museo Nacional de Historia Natural, y el señor Mauricio Massone, por haber permitido examinar el material incluido en la Colección Jorge Schythe. De manera especial agradecemos al señor Max Ruh, de Schaffhausen, Suiza y al señor Rafael Domínguez Molinos, de Madrid, por el gentil suministro de información documental de referencia. Asimismo al Pitt Rivers Museum y al Department of Ethnology and Prehistory de la Universidad de Oxford, Inglaterra, por la autorización dada para reproducir material de su colección; y al Dr. David M. Moore por su gentil intermediación para este efecto.



Fig. 5: Antropomorfos del arte parietal de Magallanes: 1, Lago Sarmiento; 2, Río Chico; 3, Cueva de la Leona (Dibujo de A. Prieto).

## FUENTES DE CONSULTA

- ANRIQUE, NICOLAS, 1901 *Diario de Viaje de la Goleta Ancud*. Imprenta, Litografía i Encuadernación Barcelona, Santiago.
- ARMS, WILLIAM Y TITUS COAN, 1939 "Extracto de los Diarios de los Señores...". *Revista de la Biblioteca Nacional*, t. III, N° 9: 104-152, Buenos Aires.
- BATE, LUIS FELIPE, 1970 "Primeras investigaciones sobre el arte rupestre de la Patagonia Chilena". *Anales del Instituto de la Patagonia*, vol. I: 15-25, Punta Arenas.
- BEERBOHM, JULIUS, 1879 *Wanderings in Patagonia*. Chatto and Winduss, Londres.
- BOURNE, BENJAMIN FRANKLIN, 1853 *The captive in Patagonia*. Gould and Lincoln, Boston.
- COAN, TITUS, 1880 *Adventures in Patagonia. A Missionary's Exploring Trip*. Dodd, Mead & Company, Nueva York.
- COX, GUILLERMO E., 1863 *Viaje en las rejiones septentrionales de la Patagonia 1862-1863*. imprenta Nacional, Santiago.
- FITZ ROY, ROBERT, 1932 *Narración de los viajes de levantamiento de los buques de S.M. 'Adventure' y 'Beagle' en los años 1826 a 1836*, t. III. Biblioteca del oficial de Marina, Buenos Aires.
- GUINNARD, A. 1863, "Tres años de cautividad entre los Patagones". En *La vuelta al mundo. Colección de los viajes hechos en las cinco partes del universo durante el siglo XIX*, publicada bajo la dirección de M. Eduardo Charton, París.
- LISTA, RAMON, 1975 *Mis exploraciones y descubrimientos en la Patagonia 1877-1880*. Ediciones Marymar, Buenos Aires
- MASSONE, MAURICIO, 1982 "Nuevas investigaciones sobre el arte rupestre de Patagonia Meridional Chilena". *Anales del Instituto de la Patagonia*, vol. 13: 73-94, Punta Arenas.
- MATUS, LEOTARDO, 1920 *Juegos i ejercicios de los antiguos araucanos*. Imprenta Universitaria, Santiago.
- MUSTERS, GEORGE CH., 1964 *Vida entre los Patagones*. Solar-Hachette, Buenos Aires.
- PEREIRA SALAS, EUGENIO, 1947 *Las imprentas de naipes en Chile*. Imprenta "El Esfuerzo", Santiago.
- SCHMID, TEOFILO, 1964 *Usos y costumbres de los Indios Patagones*. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.
- DENNING, TREVOR, 1980. *Spanish Playing-Cards*. The Internacional Playing-Card Society, Londres.
- JIMENEZ DE LA ESPADA, MARCOS, 1873 "Cartas sobre cartas". *La Ilustración Española y Americana*, números XXX: 491-496 y XXXI: 510-511, Madrid.